



CRISIS

RELATOS LITERARIOS
SOBRE CRISIS SOCIALES



NÚCLEO MILENIO
Modelos de Crisis
UNIVERSIDAD ADOLFO IBÁÑEZ



Presentación

El libro de relatos literarios sobre crisis sociales que aquí presentamos es una iniciativa de extensión del Núcleo Milenio Modelos de Crisis (NS 130017) de la Universidad Adolfo Ibáñez. El Núcleo Milenio Modelos de Crisis es un centro de investigación científica interdisciplinar creado en el año 2015, cuyos objetivos son la indagación de condiciones de producción de crisis en sociedades complejas y la identificación de lenguajes con los que se expresan las experiencias de crisis social. El centro se compone en su mayoría por miembros de la Universidad Adolfo Ibáñez; también participan de él investigadores de la Universidad Diego Portales y Universidad Alberto Hurtado. La investigación es financiada por la Iniciativa Científica Milenio del Ministerio de Economía, Fomento y Turismo, Chile.

Durante el año 2017, en conjunto con Explora Conicyt-Valparaíso, el Núcleo Milenio Modelos de Crisis organizó un concurso de cuentos, destinado a jóvenes y adultos de la Región de Valparaíso. La convocatoria buscó incentivar la creación literaria mediante relatos que tuvieran como eje temático el concepto de crisis social desde una perspectiva narrativa. El concurso se denominó «Crisis, por ahora». Un jurado especializado seleccionó los mejores relatos y procedió a su premiación en junio de 2017. En este libro se presenta una recopilación de los mejores relatos que participaron de este concurso, los que con diversos estilos y sentidos nos muestran cómo las personas entienden y vivencian este tipo de fenómenos. Les invitamos a leer estos relatos y a conectarse con las diversas experiencias y reflexiones que en ellos se reflejan.

CATEGORÍA
JÓVENES

Mar de Gente

RODOLFO CARVAJAL VIEYTE

Nos encontramos. Ambos estábamos perdidos. Trabajábamos sin mucha conciencia en ese supermercado enorme y desordenado. Empaquetábamos cosas que no necesitaban bolsas y separábamos otras que se suponía iban juntas. Al menos el trabajo era cada vez más fácil, la gente sólo se dedicaba a comprar todas las botellas de agua y conservas que podía.

Un día en el Dunkin que quedaba afuera, varios de nosotros nos sentamos a comer unas donas. Ahí hablamos por primera vez. Para ti fue un cruce de palabras insignificante, pero yo las recuerdo claramente. Me dijiste que esas donas no se comparaban con las que una vez un tío tuyo te trajo desde gringolandia, que eran muy grasosas, y que eso mismo las hacía perversamente ricas. Te lamentabas de que con las fronteras cerradas jamás podrías probarlas de nuevo.

La segunda vez que fuimos todos juntos nos acariciamos con los pies por debajo de la mesa. Al principio no estaba seguro de que fuese verdad y que no se tratase simplemente del coincidente contacto de nuestros pies inquietos. Entonces me detuve por un segundo y, tratando de mantener el hilo de la conversación, presté atención a lo que pasaba allá abajo. Sí, tú también me acariciabas.

Las siguientes veces nos sentamos uno junto al otro. Nos tomábamos de la mano, pero siempre lo hacíamos en secreto, siempre debajo de la mesa, casi sin cruzar miradas mientras hablábamos con los demás.

Por alguna razón las circunstancias hacían que no pudiésemos hablar mientras trabajábamos, ni ver cómo todas esas caricias se proyectaban en la vida que transcurría arriba de la mesa. Se nos acababa el día y te ibas. Yo pasaba las noches en mi pequeño departamento mirando la ciudad por la ventana, las extensas zonas totalmente oscuras y las llamas que surgían entre los edificios como tratando de recuperar la luz que faltaba. La misma canción sonando una y otra vez que me recordaba a ti. Una canción que nunca escuchamos juntos.

La última vez que te vi fue cuando empezaron los saqueos. Las puertas del supermercado cedieron como por obra de un océano contenido allá afuera. Pude ver cómo te ahogabas en ese mar de gente que se peleaba a muerte por sacar latas y pañales desde las góndolas.

Cuando uno es el problema

DANIEL POBLETE ÁLVAREZ

2O años. Vivía el momento a mi regalada gana. Era capaz de iniciar una pataleta por el detalle más irrelevante que pudiera incomodarme. No era mañoso, simplemente no tendía a ceder. Me resultaba satisfactorio saber que las cosas iban a mi gusto y bajo mi propio control.

A esa edad yo desconocía una palabra algo importante, o quizás sí la conocía, pero no bajo un término establecido. Probablemente mis actitudes demostraban que abusaba de ese término. No estamos hablando de una mente maquiavélica, pero sí de una conciencia que llevaba tomando siestas durante dos décadas.

Tenía mi vida hecha y derecha. Estudiaba en el sector privado, en mi tierra natal, bajo el amparo económico de mis padres. Nunca fue tema para mí la ausencia de comida ni de un techo sobre bajo el cual resguardarme, como tampoco la necesidad de escatimar en mis regalones.

Mientras gozaba de mis primeros días de vacaciones, paseaba por el prestigioso centro cívico de mi ciudad. No me sentía como siempre, estaba abrumado por algo en particular, aunque no sabía con certeza qué era. Me distrajo un aquelarre de bullicios no tan lejanos. Hacia el oriente, voces, cantos y gritos al unísono. Al poniente, sirenas, ladridos y pisadas de corte autoritario. Sonaba como una batalla campal al borde de la detonación. Logré percibir ciertos tecnicismos como desigualdad, heteronorma, lucro, plutocracia, discriminación, entre tantos otros que retumbaron en mi oído derecho y salieron por el izquierdo. Decidí volver a casa, para poder quejarme (como de costumbre) con mis padres a cerca de las pseudo-marchas que tanto ensuciaban las calles.

Pero ese día fue distinto. A un par de cuadras de mi casa se hallaba una familia, asumo inmigrante por su marcado acento, sentada en las afueras de un local cerrado. Camino hacia ellos y noto a la integrante más pequeña, a quien le doblaba la edad, sujetando un cartel de cartón junto a un ramillete de rosas hechas con goma eva, el cartel que decía: “que tengas un buen día”. Se veía muy feliz, pero apenas me aproximé a esperar una de aquellas rosas me miró con timidez y rechazo muy evidentes. Le pregunté por qué no me quería dar una rosa, a lo que ella respondió suavemente: “Usted no necesita una rosa de estas, usted puede plantar una de verdad”.

Los amos del agua

GUILLERMO SALVO COFRÉ

En un lejano país, viva sir George. Un heredero de múltiples terrenos obtenidos mediante la especulación económica. Entre los recursos naturales que poseía se encontraba el 90% del agua del mundo. El señor George cobraba enormes sumas de dinero por el agua que poseía, convirtiendo este recurso en un bien casi impagable. Día a día miles de personas morían mientras los activos del honorable se volvían más suculentos. Este imperio hídrico se mantenía gracias a los políticos, a quienes sobornaba para que actuaran bajo su mandato. Sin embargo, con el tiempo, estos políticos fueron perdiendo credibilidad. Tanto fue el deterioro de la clase política que más del noventa por ciento de la población clamaba por cambios reales. Fue durante este tiempo que jóvenes humildes de corazón, incorruptibles por el sistema, comenzaron a lanzar candidaturas. Lentamente fueron desestabilizando el sistema legislativo

hasta que finalmente, luego de tres periodos electivos, fueron la mayoría. Lo primero que decidieron fue dismantelar el sistema y regresarle el poder al pueblo de forma perpetua mediante plebiscitos nacionales. La segunda medida que tomó el pueblo fue exigirle al filantrópico George que regresara los derechos del agua a los ciudadanos del mundo, a lo cual, obviamente él se negó. El pueblo iracundo le propuso una apuesta, si el señor George, su familia y amigos podían beberse el 0,01% del agua entonces podrían quedarse con dicho recurso para siempre y nunca más se les reclamaría nada. Se les dio un plazo de dos meses para que realizaran dicha proeza. El señor George ilusamente aceptó y fue ahí cuando comenzó su pesadilla.

Los primeros días George junto a su familia y amigos bebían cerca de cuatro litros de agua y consumían alimentos abundantes en sal para aumentar sus deseos de beber. Pasado el primer mes se preocuparon ya que el consumo que llevaban no era suficiente para superar la apuesta. Aumentaron el consumo a seis litros por persona, comenzando a tener problemas renales graves y un profundo asco al recurso vital. Al llegar la última semana solo George seguía creyendo que podía ganar la apuesta, lo que le llevó a tomar nueve litros en un solo día. Dicha proeza le costó la vida y su derecho sobre el recurso hídrico que, por fin, luego de decenas de años, fue repartido de forma igualitaria en el mundo entero.

Voy

VÍCTOR ÁLVAREZ DE LA BARRA

Por primera vez decide mirar atrás. Carretera. Línea recta. No hay principio. “No estoy cansado” repite el niño mientras sigue caminando con su bicicleta al lado, procurando no cargarse. No quiere romper la cámara también. Adelante igual de recto. Igual de interminable.

Se desvía hacia un portón de follaje intratable. Al fondo, una casa negra quemada completamente. Se espanta. La cabeza de un perro irrumpe ladrando a lo que sea que esté atreviéndose a espiar. Se dispone a irse cuando, desde dentro, un viejo grita algo que no entiende.

¡Qué quieres! repite.

El niño no sabe bien que decir. Está nervioso. Saca de su bolsillo un papel. Se lo pasa al viejo. Este lo lee y lo devuelve sin decir nada, molesto.

Pasa dice escuetamente. Ya está amarrado.

¿Usted vive aquí?

Sí, ¿no te gusta?

¿Cómo se quemó?

No quiero hablar de eso.

Silencio. Viento.

A un incendio no hay que darle mayor vuelta comenta de improviso el viejo. Es intratable, incorregible, irreversible.

Entra a su casa. Se oye un crujir y algo quebrarse. Aparece cargando un saco con madera negra. El niño está algo asustado.

Tranquilo, solo eran sillas que... ya no uso. El viejo mira el neumático de la bicicleta suspirando. Bueno, vamos, te acompaño.

Caminan a orilla de carretera. El niño le mira. Quiere hacerle muchas preguntas, pero por miedo desiste. El viejo sabe que el niño le tiene algo de lástima, pero también sabe que es infundada. Interpreta las miradas y muecas mudas del niño, las traduce en supuestas preguntas al tiempo que las responde en su mente, en la seguridad de sus pensamientos.

Fue hace años. No la he arreglado porque no niego lo malo de la vida, lo acepto.

Mi bici necesita ir al hospital. Su casa también debería ser curada dice de improviso el niño. El viejo solo camina.

Mi casa es feliz, porque nunca más correrá el riesgo de quemarse.

¿Y si se derrumba?

Son palos resistentes, por dentro siguen intactos. ¿Cuál fue la crisis? El incendio, la casa, el divorcio, mis hijos... continuar habitando mi hogar o continuar sin las razones que la hicieron un hogar, o simplemente, el dolor.

El niño indica su casa. El viejo duda. Observa una carpa sobre cimientos y ceniza, y un improvisado horno de barro. Inhala profundo y le entrega el saco.

Voy a necesitar madera susurra sonriendo.

Se devuelve lento.

La estrella de la esperanza

FERNANDA CERDA MICHEA

Hoy desperté con una sensación diferente. Me gustaría encontrar una palabra para explicarlo, pero tengo tantos sentimientos mezclados que ni siquiera estoy seguro si fue un sueño o un viaje. Hoy sentí que esto tendría un punto final, no sé cuándo, pero será un final tranquilo, realmente creo que acabará. La tecnología mueve al mundo, créeme, hay lugares muy diferentes a este. Este lugar en particular me parece que se encuentra muy lejos. Estaba pintado de otros colores, tenía una estrella blanca igual a la nuestra, pero acompañada de azul y rojo. Estuve sosteniendo un libro todo el tiempo, sin saber por qué. Pude percatarme de todo lo que ocurría alrededor, sentía todos los

estímulos del ambiente, pero sobre todo dejé de sentir dolor por un largo tiempo. Solo podía estar seguro de que me encontraba en un lugar completamente diferente, con cielos claros y climas templados, con abundancia y vegetación como no te imaginas. No sé por qué no estabas ahí, todo iba muy bien. A pesar de eso, no me sentía solo. Al escuchar todas las voces y discusiones pude darme cuenta de algo alucinante, la información estaba por todos lados y, en algunos casos, literalmente en la palma de la mano. Cualquier cosa que ocurría podía ser comunicada al instante. Luego noté que la gente hacía una expresión muy triste al pasar frente a un periódico en particular. Fui directamente a revisarlo, y entonces nos vi. La estrella blanca con fondo celeste y unas enormes letras decían que estábamos muriendo, que la sequía y hambruna estaban acabando con nosotros y que representábamos la crisis humanitaria más grande después de la segunda guerra mundial. Escúchame, eso no fue lo peor para quienes hemos visto el latido del corazón de nuestros amigos poco antes de morir. Lo peor fue cuando me di cuenta que la noticia era leída por todos tan solo como cifras, datos, palabras, pero no cómo si nuestras vidas dependieran de eso. Somalia no es el único lugar del mundo que está así y, a pesar de esto, la indiferencia y la inmunidad con que reaccionaban fue lo que me hizo sentir desgarradoramente solo. Me aferré al libro que llevaba conmigo, lo abrí y leí: “Qué maravilloso es que nadie tenga que esperar un instante antes de comenzar a mejorar el mundo”. Por un momento sentí que alguien más también lo leería y vendría a ayudarnos.

Números

VALENTINA MIRANDA NORAMBUENA

La música sonaba a todo volumen, tan fuerte como para empujar todo lo que no fuera alcohol y cocaína lejos de las problemáticas mentes del público; tan fuerte como para cerrar las puertas de la tolerancia frente a cualquiera que jamás hubiera vivido la realidad tras las críticas de las canciones tocadas. No cualquiera entraría allí, los boletos estaban reservados. Reservados para todo aquel que estuviera cansado de su realidad, para todos esos hartos de lidiar con un nuevo día, para todos aquellos resignados a buscar algo mejor y, especialmente, para quienes jamás lo encontraron... aunque lo buscaron, lo buscaron mucho. Como esa mujer, aquella que va por su tercera botella de vodka. Tardó meses en encontrar un trabajo estable, pero lo perdió todo luego de denunciar un abuso sexual por parte de su empleador. Ahora su único hijo, de sólo dos años, está bajo el cuidado de una institución que promete entregarle una

mejor vida. Pero eso la aterra. ¿Cómo no? si todas esas cosas que le prometen no resultarán ser más que palabras huecas. Bien lo sabía la joven que la observaba minuciosamente a metros de distancia. Esa, la de cabello negro y largo que fumaba tímidamente un cigarrillo quién sabe de qué.

“¿Es esto lo mejor para mi hijo? ¿Realmente estará mejor sin mí?”, sollozaba la mujer a nadie, mientras la otra joven la escuchaba imaginándose que alguna vez lloraron de esa manera por ella. Imaginando solamente. Porque eso jamás pasó. Ella provenía del mismo lugar por el cual la alcohólica madre lloraba. Se había escapado y no tenía ni la más mínima intención de volver, así como tampoco un hogar al cual regresar. Por eso, cuando comenzó a sentir las sirenas de la policía acercarse, solo sintió la necesidad de huir, pero ¿hacia dónde? Ya lo había abandonado todo, sobreviviendo sin nadie que la defendiera, luchando sin tener por quién. Sin voz, sin memoria, sin historia... un número más del sistema que “la protege” y que “protege” a miles.

“¿Es esto lo mejor para mí?”, piensa con ira mientras ve a la policía irrumpir el lugar, aún sin encontrar escape. Colapsada cae al piso, ahogada en lágrimas y desesperación por verse nuevamente frente a esos hombres armados, por tener que volver a un mundo al que no quiere entregarse, y porque sabe que, a pesar de todo, es el único que tiene un lugar para ella.

Una lección de superación de crisis por insectos sociales

DANIELA RUIZ ROJAS

Cuando pienso en crisis sociales, pienso en los constantes desafíos que enfrentan las mayores y más antiguas sociedades sobre la tierra, por ejemplo, las termitas, hormigas y, de cierta forma, las abejas. Debemos considerar que en cada colonia día a día se deben resolver problemas como cuidar y alimentar a miles de bocas hambrientas, construir nuevas habitaciones cuando la familia crece, e inclusive hacer frente a los peligros por la amenaza de intrusos. Donde

la clave de la sobrevivencia de la colonia dista mucho de un proceso de gestión jerarquizada como pudiese pensarse en analogía con el funcionamiento de una gran empresa. Aunque en estas colonias exista una reina y hasta un rey como es el caso de termitas, la gestión de tareas recae en sus miembros más simples: obreros y obreras. Si bien, cada obrero(a) es incapaz de evaluar las necesidades globales en una colonia, cada uno puede ejecutar tareas relativamente sencillas y específicas, resultado de la información que recibe y comparte localmente con sus compañeros a través de interacciones. El conjunto de estas interacciones a gran escala permite a la colonia responder de manera eficaz a los desafíos que impone vivir en grupo y de paso convertir a estos conjuntos de insectos en las sociedades más exitosas sobre nuestro planeta. Ejemplos como este ponen énfasis en el valor para las sociedades de las redes de interactividad entre sus individuos, pues colocan la cooperación como un valor intrínseco a su funcionamiento. Sin duda todavía tenemos mucho que aprender como sociedad de insectos sociales.

Ocaso

DIEGO MESINA CORTÉS

...mer libro que leíste? preguntó Adrián.

Lo que se dice leer, leer de verdad: Sobre héroes y tumbas contestó Tomás y, al terminar la respuesta, miró el camino que deja el sol desde el borde costero hasta el horizonte.

Adrián asintió. Veía a Tomás de perfil. ¿Acaso no podía haber pedido encendedor a una persona cualquiera? De hecho, lo hizo. En un primer momento yo soy una persona tan desconocida como el resto. ¿Era necesario salirse del camino para pedir fuego?

¿Y tu primer libro? preguntó Tomás, como acordándose que tenía a alguien junto a él.

Mmmm, no recuerdo, dijo, y soltó una risa medio avergonzada.

“Mentira” piensa Tomás al ver un joven que está en las rocas que dan al mar. Siempre va a Barón después de la U. Va a caminar, a

fumar, a perderse entre la gente que sí tiene propósitos o que al menos sabe que hay que tenerlos para continuar con la vida. “Estudio, eso debe tener algo de proyección” afirma.

El chico de las rocas, usa pantalón de vestir negro, zapatos formales sin cordones y camisa blanca arremangada en los brazos y desabotonada hasta el pecho. Le pide fuego.

Claro, toma.

Adrián lo pasa sonriendo como si no hubiese visto a una persona en bastante rato y ya acabara por necesitar presencia humana y no marina.

Te puedes sentar dice Adrián. Con tal que encuentres una posición cómoda.

¿Cómo te llamas?

Tomás. ¿Tú?

Adrián.

Tomás apaga el cigarro. No sabe qué, pero algo se encendió.

¿Y estudias? pregunta Adrián incómodo con el silencio.

Sí, po. Estudio derecho, voy en tercer año contesta Tomás y no sabe si sentirse orgulloso o triste.

Una gaviota pasa por delante de ellos. Tomás la ve y se le ilumina la cara. Mira a Adrián para comprobar si también vio lo que él vio. Adrián mira sus zapatos, cabizbajo.

Yo fui a una entrevista dice Adrián, reponiéndose.

¿Ah, sí? ¿Pega?

Sí, cajero de supermercado.

¿Y cómo te fue? pregunta Tomás.

Ojalá bien. Ojalá mal.

Adrián esperó que Tomás le preguntara por su respuesta, pero eso no pasó. Tomás lo hizo a propósito, sabía que si preguntaba entraría en tierras personales y existenciales, y él ya tenía suficiente consigo mismo. De un momento a otro la postal porteña adoptó un color sepia.

Yo leo dijo Tomás, como si tratara de indicar un medicamento para el malestar de Adrián.

¿Cuál fue el pri...

CATEGORÍA
ADULTOS

La que nadie quiere, la que todos necesitan

LORENA ANDREA BEARZOTTI

Estoy donde nadie me quiere sin darse cuenta que sin mí todo se quedaría estático, sin cambio, inmóvil... casi como si no hubiera vida.

Soy el motor del cambio, pero no me ven así, me tienen miedo... quizás porque usualmente voy acompañada del caos. Puedo ser muy pequeña, como un momento personal, o gigante, involucrando a millones de personas sin distinguir entre ellas. Yo no discrimino, yo los toco a todos. Si

me vieran, si realmente me vieran, no me tendrían miedo... ¡pero no! claro que no que no, van por la vida tratando de evitarme, como si eso fuera posible, desconociendo o peor aún intentando desconocer que cuando más me evitan mayor será mi estallido, mi expansión, mi impacto.

¡Mírame! ¡Te estoy hablando! Ah, estos seres humanos que poco han aprendido y que rápido han olvidado lo que alguna vez supieron sobre mí. Soy como la tormenta, cuánto más me resisten más fuerte pego, porque el cambio se paga con dolor, el crecimiento se paga con dolor, la evolución como ustedes la entienden se paga con dolor. Cuanto más se resisten más grande es el dolor, más grande es la marca que muchas veces se arrastra generación tras generación como una cadena fantasmal de la que todos son conscientes, pero nadie quiere ver, nadie quiere asumir... hasta que de nuevo estalla esa burbuja de supuesto equilibrio y estabilidad.

Sí, me disfrazo, tomo diferentes formas, diferentes manifestaciones porque necesito el cambio en diferentes niveles. A veces soy un sordo silencio vacío en tu interior que te cuestiona sin hablar hasta que tus ojos estallan en lágrimas al frente de la verdad. Otras veces me disfrazo de hambre y muchas más camino junto con las guerras... o en las revueltas sociales que ahora me son más fáciles porque puedo usar las redes para convocar y organizar lo que comienza como un sordo silencio interior de frustración y deseo de cambio, lo que puede llegar a ser un estallido multitudinario en las calles, convocado por un lema... por una frase... por una situación buscando justicia o mayor equidad. A veces desafío el establishment enraizado en caducas tradiciones que necesitan ser reemplazadas por nuevas.

Estoy aquí y no me iré. Abre tus ojos, mírame, admírame, cónceme. Es el único camino para pasar a través de mí y tener un nuevo comienzo. Mírame, estoy aquí... soy tu crisis.

El gallo de fuego

DAIMO SÁNCHEZ LEÓN

Una señora levanta la mano para pedir la palabra en medio de la concurrida presentación del libro Horóscopos para el año 2017. Mujeres de distintas edades disputan la posibilidad de preguntar por su futuro, pero ella es elegida.

Soy Virgo. ¿Qué me espera este año del gallo de fuego?

La voz amable y complacida de la escritora responde:

Querida, te irá maravilloso, tu signo se lleva bien con la energía del gallo. Debes saber que el gallo nos alerta con su potente canto matinal y nos llama a despertar de los engaños de los que hemos sido víctimas.

La consultante agradece y continúan las preguntas del público sobre lo que el destino les deparará. Son tantas que el moderador de las presentaciones pide hacer una última pregunta porque debe dejar paso al siguiente expositor que se referirá a su libro sobre economía chilena

durante y post dictadura. Es él a quien he venido a ver. Me preocupa un pronóstico que figura en el informe de la Comisión Bravo: “Un 50% de los pensionados entre los años 2025 y 2035 obtendrían tasas de reemplazo igual o inferior al 15% del ingreso promedio de los últimos 10 años”, es decir, las personas que ganan \$500.000 al mes jubilarán con una pensión de \$75.000. Hoy las pensiones son muy bajas pero lo que viene a corto plazo es simplemente una crisis social ¿Cuántos de los presentes preocupados de su destino caerán o ya viven en este desastre?

En su libro el escritor muestra que las AFP desde sus inicios en 1982 han tenido como objetivo proveer dinero fresco y barato al sistema financiero y no a pagar pensiones de acuerdo a los montos prometidos. Quiero preguntarle qué pasaría en la economía si cambiásemos las AFP por un sistema de reparto solidario como solución a esta tragedia manifiesta.

Mientras el expositor nos habla a un grupo muy reducido de personas, la astróloga en una mesa al costado de nuestra charla atiende las consultas de los rezagados. Cuando voy a hacer mi pregunta al escritor recuerdo a la funcionaria de la AFP que, junto con informarme sobre el monto de mi pensión, me dijo que al jubilar este podría bajar si la rentabilidad de los fondos cae, y que cuando llegue a cierta edad mis fondos se terminarán. Tanto incertidumbre es agobiante, por lo me escuro sigilosamente del grupo e ingreso en la fila de los que esperan turno con la tarotista.

El peso de la crisis sobre mis hombros

JEAN FRANÇOIS DURAND MORALES

Durante meses aguanté en silencio la tensa situación de mi vida sin contarle nada a mi esposa. La verdad, no quería volver a agobiarla con mis problemas. Sabía lo mucho que había sufrido con el quiebre de mi sueño al estudiar periodismo en una lucrativa universidad pronta a cerrar por lavado de dinero. Aunque me había mantenido firme en no demostrar mi dolor interior, las cicatrices de mi alma fracturada se comenzaban a revelar físicamente. Mi ambiente laboral iba peor cada día, la amenaza de cierre era más evidente ahora que los hijos del difunto dueño habían tomado las riendas de la empresa.

Si a lo anterior le sumáramos el colapso que dejó postrada en la asistencia pública a mi madre al enterarse de las denuncias hacia quien había sido su guía espiritual por años, era obvio e inevitable que la suma de todo gatillara en mí, mientras caminaba cabizbajo por el cerro Polanco, una crisis de la que difícilmente creía que podría emerger alguna vez.

Sin tener ya más fuerzas de ningún tipo y apenas cruzando la puerta de la humilde casa que arrendábamos a duras penas, me derrumbé en los brazos de mi amada y lloré con toda la impotencia y rabia acumulada durante este último tiempo. Ella, abnegada y sabia, conociendo de antemano mi dolor y mis anhelos no realizados, me entregó una pequeña hoja gris mientras acariciaba mi cabello con una ternura y suavidad que calmaron mi corazón apesadumbrado.

¿Por qué no participas, Juan?

La miré sin entender, apenas divisándola entre mis lágrimas, y luego, bajando mi vista hacia el papel en mi mano, leí ávido de esperanza el recorte de periódico con la noticia de un llamado a concurso literario.

No dejes que el cierre de una universidad corte tus sueños. Eres bueno escribiendo. Has pasado duros momentos, la crisis actual nos tiene a todos desesperanzados, pero hay algo en lo que nunca he perdido la esperanza, y es en ti. Has tocado fondo, ahora levántate, reinventate y cumple tu destino. Yo estaré siempre a tu lado apoyándote.

Esta vez las lágrimas brotaron de gratitud hacia mi amada esposa y mientras me levantaba para abrazarla, una sonrisa gesto que ya creía olvidado surgió en mi al mismo tiempo que la idea del cuento con el que participaría en el concurso literario.

El círculo familiar de la crisis

CLAUDIO CARRAZANA ZELADA

Nací el 21 de enero de 1979, en una tierra donde no fui engendrado. Mi primer viaje en avión fue con tan solo 2 meses de gestación, escapaba de un país dividido, en crisis, y con los derechos humanos más dudosos de la región. ¿Qué puede saber una semilla humana de lo que la política significa? En ese momento no sabía nada, nací en una tierra llamada Venezuela, tierra que le dio oportunidad a decenas de miles de chilenos que, durante una gran crisis, política, social y democrática, salían de su zona de confort para buscar un mejor futuro para ellos y sus familias.

Me desarrollé en un país pujante, lleno de petróleo, que durante muchos años fue el Dubái de América, desde donde se viajaba a Miami los fines de semana para volver con 10 maletas llenas de cosas. Fuimos conocidos como los “está barato dame dos”. ¿Quién pensaría que esa hermosa nación donde pisé tierra, también caería en crisis algún día? Tal como le sucedió a la patria donde fui engendrado, donde no nací ni me desarrollé como persona.

El exceso de dinero muchas veces convierte a los hombres en seres despreciables, y lamentablemente así ocurrió, el egoísmo, la mala distribución de la riqueza generaron grandes rencores. Mi padre quien fue vista de aduana de Valparaíso, comenzó vendiendo libros en las calles de esa Venezuela pujante, y en solo 5 años ya tenía una agencia de 30 empleados. Tal vez nunca soñó eso y fue una crisis la que lo hizo salir de su comodidad, obligándolo a reinventarse, a moverse, a salir adelante.

Tiempo después, 38 años más tarde, se completa el círculo familiar de la crisis. Yo he debido abandonar mi comodidad en Venezuela para reinventarme en Chile. Aprendí a fabricar casas, hacer muebles, hacer pan, fabricar maquinarias, robótica, electrónica, y tantas cosas que tendría que hacer una autobiografía para contarlo todo. Hoy me pregunto ¿fue negativa la crisis?

A nadie le gustan los cambios, pero las grandes victorias se lograron en los momentos más difíciles. Hoy orgullosamente, durante mi tiempo creando para superar esta situación de cambio, inventé la primera prótesis para no videntes de Chile basada en ecolocalización. En mi país natal nunca hubiera pensado en hacer algo parecido: ayudar a otros y escapar del egoísmo que generó la riqueza desmedida. Hoy comprendo que el éxito viene del aprendizaje y comprensión de las crisis.

Orientación laboral

FRANCISCO OSORIO UBILLO

Acepté una invitación que llegó a mi correo proveniente de una asociación de ex alumnos del colegio del cual me licencié. El objetivo era exponer a los alumnos en qué consistían nuestros oficios y profesiones con propósito de una jornada de orientación laboral.

A decir verdad, no tenía la menor idea de lo que iba a decir, simplemente llegado el momento me paré frente a la audiencia y dije: “Mi nombre es Ignacio y estudié ingeniería civil en biotecnología”. Inmediatamente pude divisar un gran número de manos alzadas y miradas llenas de duda.

Elegí al alumno más entusiasta para que realizara su pregunta, porque estaba seguro que el resultado sería interesante.

¡Wow! Suena realmente difícil, ¿el laboratorio donde trabaja es muy sofisticado?

Trabajo desde mi casa le respondí.

Entonces, ¿desarrolla alguna clase de investigación?

De hecho, nunca terminé mi carrera.

Añadí un par de elementos que terminarían de confundirlo por completo.

Estudí también otras dos ingenierías, de las cuales no terminé ninguna. He desertado todas y cada una de las carreras en las cuales me he aventurado.

Y entonces ¿a qué se dedica?

¡A muchas cosas!, a mi familia, mis amigos, la música, ir de fiesta, viajar en mi motocicleta.

Pero ¿de qué vive?

¡Ah! Eso -con un toque de ironía. Mi dinero trabaja por mí. Soy empresario, tengo múltiples negocios y gente a cargo que los maneja en mi lugar. La gente siempre me dio a entender que debía terminar mis estudios, al menos uno de ellos. Me decían que era la única forma de salir adelante, y yo me preguntaba, ¿lo es? Si algo me enseñaron los seis años que pasé de carrera en carrera en distintas universidades es que nuestro sistema educacional está en crisis, las herramientas de medición son sumamente nocivas. La PSU evalúa lo que enseñan los colegios, y los colegios vierten todos sus esfuerzos en enseñar lo que evalúa la PSU. Y ¿dónde está lo verdaderamente importante?, ¿el autodescubrimiento?, ¿tus derechos?, ¿tu vocación? Pretenden prepararte en todas las áreas malogrando valioso tiempo y esfuerzo para finalmente terminar siendo mediocre en lugar de excelente en lo que te apasiona. Nuestro sistema educacional permite aprobar un curso con serias deficiencias, siempre y cuando promedies en lo exigido y no tengas ningún promedio rojo. ¿Qué clase de educación es esa?

Aquél día los vi salir con más preguntas que las que traían. Ja-más me volvieron a invitar.

Ciencia, desarrollo y la vida de las personas

JAVIER ROMÁN SILVA

Ignace llevaba semanas con un lumbago que lo tenía un poco preocupado y, además, a veces pensaba que vivía la mayor parte del día con más sueño que ganas de trabajar. Nunca fue bueno para quejarse sobre malestares de salud, sobre todo cuando tenía mucho trabajo de su tesis doctoral atrasado. Tampoco era un amante del café o la yerba mate, debido a que le causaba malestares estomacales. Por

lo tanto, no quedaba otra alternativa más que hacer frente al día a día en el laboratorio con la mente siempre puesta en que, en un futuro ojalá cercano, todo sería bien recompensado.

En Chile no era fácil trabajar en investigación científica. Cada año se hacía más y más difícil conseguir financiamiento y subvenciones por parte del Estado para realizar investigaciones. Muchas veces los científicos estaban obligados a continuar con líneas de investigación que ya no los motivaban, pero cambiar de dirección era complicado. La creatividad científica se veía mellada por estas dificultades sumadas a la competencia, peleas de ego y críticas fundamentadas en la misma pregunta de siempre: ¿de qué le sirve esto al obrero que día a día trabaja para sobrevivir?, ¿de qué forma impacta en la vida de las personas “comunes y corrientes”? La investigación científica en el país se encontraba en una época de crisis, los científicos se vieron envueltos en situaciones donde sus grados académicos quizás no serían reconocidos, y donde no había dinero para pagar a sus estudiantes o a su personal de trabajo. La ciencia se estaba quedando sin recursos y nadie entendía nada. ¿Acaso inyectar recursos a esta área no era un impulso para salir del subdesarrollo? Ignace solía cuestionarse a veces si el Estado estaba actuando de manera correcta, pero tampoco dejaba de cuestionarse su labor y la de sus colegas. Se preguntaba: ¿seremos capaces de llegar al común de las personas y demostrarles que lo que hacemos no es en vano?

Ignace siempre terminaba apuntando sus dardos hacia los gobernantes. Y es que no era sólo la investigación científica, miles de estudiantes se tomaron las calles por allá por el 2011, lucha que venía de años atrás. Sin embargo, nadie hacía nada e Ignace seguía en su laboratorio pensando de donde sacar recursos para continuar sus investigaciones.

Navidad del 82

DANIEL LOBOS JERIA

Lo recuerdo como el ser que amé clandestinamente. Nunca tuve el valor de decírselo. Él tenía las manos surcadas por miles de trabajos y un carácter que no podía flaquear ante la vida. El viejo siempre fue un arquetipo de su época.

Si nuestra comunicación fue tan nefasta se debía a que yo era el mayor. Él discutía mucho con la vieja y yo amaba mucho a mi mamita, y siempre tomaba partido por ella. Había muchas bocas que alimentar y él era el responsable de ese decepcionante todo.

Era el año 1982, se aproximaba la navidad. Cuando faltaba el dinero, el viejo semanas antes nos fabricaba camioncitos de madera. Ese año, por mucho que trajinamos con mi hermano no pudimos encontrar nada. En nochebuena lo odié con todas mis fuerzas. Por mucho que la vieja nos engañó cantando villancicos, se notaba que toda celebración

sería en vano. Nunca puso las ollas a calentar, menos recuerdo haber visto regalos. Aun así, la pobre vieja puso la mesa lo mejor que pudo, pero él nunca llegó. Recuerdo que la vieja lloró toda la noche... el viejo llegó pasadito la madrugada.

Siempre renequé del él, desde ese día. De seguro tenía otro hogar y una amante a quien hacer feliz.

El viejo murió hace un par de años. Yo me casé, formé mi hogar y me llevé a mi viejita a vivir conmigo.

Hablando un día con mi mamá, me dijo que siempre le extrañó esa tirantes que yo tenía con quien era mi padre. Mi vieja lo defendía, sé que aún lo llora. Me contó que hace más de 30 años, en una navidad, el viejo no llegó porque se había ido a trabajar a una ciudad del interior como jornal y muchas veces se venía después del turno en el viejo camión de su compadre. Ese día el patrón prometió pagarle todo el sueldo del mes al final de la jornada, pero nunca se apareció por la obra. Como su compadre no fue trabajar y el viejo se tuvo que venir caminado por decenas de kilómetros.

Me duele nunca haberle dicho papá. El título de padre también se gana con los hechos. En perspectiva las discusiones fueron variables de la pobreza, pero el hombre siempre trabajó por su hogar y es esa fortaleza y voluntad es la que siempre le trato de inculcar a mis hijos. Creo que los estoy educando bien... también llevan la sangre de mi PAPÁ.

